



JEZABEL.

POR los años del mundo 3030, despues de la muerte de Salomon, las doce tribus, reunidas hasta entónces en una sola república y despues en una sola monarquía, se dividieron en dos estados, aproximados á veces por las circunstancias, pero divididos por lo comun en religion y en intereses. El reino de Judá, que solo comprendia á la tribu de este nombre y á la de Benjamin, permaneci6 por lo comun fiel á las creencias antiguas; y sus príncipes residian en Jerusalem. Las otras diez tribus formaron el reino de Israel, y esta separacion del pueblo hebreo es conocida con el nombre de *el cisma de Samaria*, porque esta ciudad fué su capital definitiva, y no Sichem, donde al principio habian fijado su corte los reyes de Israel. Imperó constantemente en Samaria el culto de los falsos dioses, porque fué la política quien lo estableció y sostuvo despues. Durante medio siglo, la fuerza de las armas fué la que elevó al trono de Samaria á diferentes soldados sin mas título que su buena suerte. Uno de estos, Ha-



Viuda e hijos de Arango, Pailores.

Lit de Llano y Comp.

JEZABEL.

mado Amri, se asentó mas sólidamente, y al morir dejó la corona á su hijo Achab.

Achab fué impío y cruel; arrastró al pueblo hasta el altar de los falsos dioses con sus predicaciones, su ejemplo y sus leyes; y dió cima á sus crímenes y desdichas casándose con Jezabel, hija de Ethbaal, rey de Tiro y de Sidon. Tiro y Sidon, madres de colonias numerosas, reinas del comercio antiguo, enervadas por las dulzuras de un clima benigno y por las riquezas, no conocian mas religion que la del placer. Precisamente su idolatria voluptuosa fué la que acarreó sobre ellas las maldiciones de los profetas, que se cumplen aun hoy dia: Sour y Sais yacen como dos cádáveres; uno que otro árabe que recoge allí un rebaño de cabras por la tarde, en derredor de las casas arruinadas; y uno que otro pescador que ayudado por sus hijos arrima á la playa una barca miserable, son los herederos de aquellos mercaderes ilustres, cuyo pabellon flameó en todos los mares, desde la Prepóntide hasta la desembocadura del Bétis, y desde Pelusium hasta las costas de la Gran Bretaña.

Jezabel trajo á Samaria sus ídolos y sus pasiones. Los otros reyes, al tomar por mujer á alguna extranjera, habian exigido al ménos de ella que profesase el judaismo; pero Achab, en vez de hacer esto con Jezabel, adoptó dócilmente todos sus dioses; levantó un altar público, y siguiendo la usanza de los paganos, consagró un bosque á Baal, divinidad adorada por los fenicios. El pueblo todo se perdió en las vías criminales que le indicaban sus señores encenagados en la idolatría, porque nada es mas fácil para el poder, que doblegar á los hombres ante el error, sobre todo cuando apoyan á este los atractivos del placer.

Mas para desacreditar á Baal, para perturbar la conciencia de Achab y Jezabel, y prevenir nuevas apostasías, hizo levantar Dios al profeta Elías, varon de espíritu elevado y alma generosa, digno por todos títulos de ser el vengador de las leyes. Así es como la maternal ternura de la Providencia coloca los re-

medios que ella misma ha creado al lado de los males producidos por los vicios de la humanidad; así tambien como, para servirnos de la gráfica expresion de un poeta de la antigüedad, crece la ortiga junto á la rosa, y cabe la planta venenosa el antidoto saludable que neutralisa sus letales efectos. Un dia, pues, dijo Elías al rey culpable:—“Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en “estos años, sino segun la palabra de mi boca.” La palabra del profeta tuvo puntual cumplimiento; ni rocío ni lluvia hubo para aliviar la aridez de las tierras del reino; el cielo parecia de bronce. Tres años y medio duró el azote de la sequía. Advertido Elías por el Señor, y para ponerse á cubierto del resentimiento de Jezabel, se retiró á las orillas del torrente de Carith, en las cercanías del Jordan. Las aguas del torrente le proporcionaban que beber, y las aves del cielo, enviadas por la mano misma que las nutre, le llevaban algunos alimentos. Duró algunos meses este medio de subsistencia, y despues fué enviado el hombre de Dios á Sarephta, donde recibió la hospitalidad de una pobre viuda.

Irritada entre tanto Jezabel, mandó buscar y dar muerte á los verdaderos profetas, en odio de Elías y de la religion judía. Eran los profetas de aquel tiempo como los monges del nuestro: apartados del mundo y distinguidos del pueblo por su trage y sus modo de vivir, se ocupaban en el estudio, en la oracion y en trabajos mecánicos.

Hacian contrapeso con sus virtudes á las iniquidades de la nacion ante la justicia celeste, y podian de esta suerte conjurar los infortunios públicos; por su ejemplo y sus palabras eran representantes y mantenedores de la religion, cuyos preceptos defendian contra la impiedad y desenfreno de los pueblos y de los príncipes. No habia menester tanto para hacerlos odiosos á la impura é idólatra Jezabel. Algunos hubo que pudieron salvarse de su furor, gracias á las circunstancias ó á algunos varones temerosos de Dios; pero muchos hubo que perdieron la vida durante aquella

eróz persecucion. Ignórase el número de las víctimas, pues guarda silencio la Escritura acerca de los pormenores de esta horrorosa carnicería.

Se siguió la escasez á la sequía en el reino de Samaria; moría la yerba aun en el fondo de los valles y en torno de los secos manantiales; y los hombres y los brutos padecian por igual todos los tormentos de la sed y del hambre. Por todas partes envió Achab en busca de Elías para pedirle que devolviera la lluvia al árido suelo, ó para matarle en caso de que á ello se negase. Entónces dijo Dios á Elías: «Ve ante la precencia de Achab, para que haga yo caer lluvia sobre la tierra.» Obedeció el profeta; y una vez llegado delante de Achab, le echó en cara su idolatría y sus crímenes; despues convocó á todo el pueblo y á los falsos profetas, y uno y otros se reunieron en el monte Carmelo, tan célebre por haberlo habitado Elías. La mano del Señor le ayudó en aquel momento de probacion; y despues de haber demostrado la impotencia de los ídolos al engañado pueblo, logró el santo profeta que una llama bajada del cielo devorase la víctima que habia ofrecido al verdadero Dios, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Así es como prueba Dios la verdad de la religion á todas las razas humanas; no las llama á discutir el fondo de las doctrinas, trabajo estéril al par que superior á las fuerzas del espíritu y del cuerpo; las llama á verificar hechos, que es un trabajo de observacion y de buen sentido vulgar. Si no es la religion para todos los hombres, no es para ninguno; si atañe á todo el mundo, fuerza es que todo el mundo pueda llegar hasta ella; y hé aquí la razon por que ha trazado Dios para alcanzarla un camino sencillo, tan fácil de ver como de seguir. Este camino es el de los hechos. Las verdades impuestas á la fé no se representan cual investigaciones metafísicas ni á título de teorías, sino á título de hechos y con el carácter de acontecimientos sensibles. Dios ha dicho esas verdades; las han escuchado los hombres, y se han ido repitiendo de boca en boca. Los que las recibieron para anunciarlas al mundo llevaban hondamente impreso el sello de su mision divina; bajo su

mano doblegaba la naturaleza sus inflexibles leyes; retrocedía la mar bajo sus piés; obedecían los astros sus mandatos; y á su voz tenia que devolver la muerte su ya insegura presa.

Una vez probada por Elías la santidad de su mision y la verdad de las doctrinas cuyo apóstol era, mandó quitar la vida á los falsos profetas, sin que se atreviese Achab á sostenerlos, sin duda por miedo del pueblo, que parecia animado en su contra. Predijo en seguida Elías que iba á cesar la sequía, y una lluvia copiosa vino á confirmar su vaticinio.

Pronto llegaron á oídos de Jezabel los prodigios operados por mano de Elías, no ménos que la muerte de los sacerdotes de Baal. Irritóse su orgullo, bulleron las malas pasiones en su dañado corazón, y envió á decir al taumaturgo que habia jurado vengar con su muerte la de los profetas de su falso Dios. Huyó Elías amedrentado; y se acogió á los desiertos de la Arabia Petrea. Abatido por tantas persecuciones y abrumado de cansancio, pidió al Señor que le aliviase de la pesada carga de la vida. Vencióle el sueño al pié del árbol donde habia dejado caer su cuerpo desfallecido; pero un ángel vino á despertarle, mostrándole á su lado un pan y una vasija con agua. Merced á aquel alimento celeste, recobró el peregrino las fuerzas perdidas y pudo llegar al cabo de cuarenta dias al monte Horeb, cercano al Sinaí, donde Dios se dignó hablar desde una zarza que ardia sin quemarse, á su servidor Moisés; y donde, llevado en alas del rayo, conmovió bajo su carro de fuego la cima del monte, y vino á promulgar su ley á los oídos de un pueblo entero. Parécenos esta fuga del profeta una imágen de la vida, de este triste y hermoso pais, semejante á las soledades severas y magníficas que agosta el cielo de Oriente al teñirlas con el ardor y la riqueza de su fuego. Camina el hombre por él, sostenido por un alimento celeste, hasta que llega á la eternidad, verdadero Sinaí, donde habla Dios á sus escogidos, bañados de un torrente de luz, de amor y bienaventuranza.

Cerca del monte Horeb tuvo Elías una vision; y recibió del Señor la orden de ungrir á Hazael rey de Siria y á Jehú rey de Is-

rael, y de consagrar á Eliseo para que le sucediese en su mision. Así se preparaba una terrible venganza. »Cuantos se salven de la cuchilla de Hazael, dijo el Señor, caerán bajo la de Jehú; y cuantos se salven de la cuchilla de Jehú, morirán á manos de Eliseo.» Elías cumplió al pié de la letra el precepto divino.

Por aquellos tiempos cometia Jezabel uno de esos cobardes y crueles abusos del poder que atraen infaliblemente sobre la cabeza de quien de ellos se hace reo un pronto y ejemplar castigo. Habia en Jezrahel un hombre llamado Naboth, poseedor de una viña poco distante del palacio de Achab. Codiciábala el rey en extremo, y dijo á Naboth: »Dame tu viña, para que haga de ella un jardin; porque está cerca de mi casa, y te daré otra viña mejor ó te la compraré á dinero.» Habia prohibido Moisés á los israelitas que enagenasen sus heredades, si no era en caso de necesidad extrema, y aun entónces solamente por limitado tiempo. No se hallaba Naboth en tal necesidad, y temia por otra parte que enagenando á plazo la heredad, no podria recobrarla una vez que fuera cumplido, pues Achab que violaba abiertamente los derechos de Dios, no habia de respetar, sin duda alguna, los de un hombre. Así es que, fiel á la ley, contestó á la pretension real. »Dios me libre de cederos la herencia de mis abuelos.» Estas leales palabras excitaron la rabia del rey, quien se volvió furioso á su palacio y rehusó todo alimento.

Acudió Jezabel y preguntó á Achab el motivo de su pesadumbre; y tan luego como lo supo, contestó con una horrible mezcla de ironía y resolucion: »Grande por cierto es tu autoridad, y gobiernas bien el reino de Israel. Levántate y toma aliento, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña de Naboth Jezrahelita.»

Escribió en seguida, y envió á los ancianos y principales de la ciudad de Naboth, una carta á nombre del rey, sellada con su sello, y concebida en estos términos: »Promulgad un ayuno, y haced sentar á Naboth entre los primeros del pueblo. Y envidad bajo de mano dos hombres hijos de Belial, que atestigüen falsamente

«contra él, y digan: Ha blasfemado contra Dios y contra el rey: y sacadle fuera, y apedreadle, y así muera.»

La orden despiadada é inicua de la hija de Ethbaal fué obedecida en todas sus partes; y muerto el desdichado Naboth, se presentó Jezabel á Achab, anunciándole la muerte del poseedor de la viña tan codiciada, y que ya podía ir á tomar posesion de ella. Encaminábase con tal objeto, cuando le salió Elías al encuentro y le habló de esta manera por orden del Señor: «Mataste y des-pues poseiste. En este lugar, en que lamieron los perros la sangre de Naboth, lamerán tambien la sangre tuya.»

Dijo entónces á Elías Achab: «¿Por ventura me has hallado enemigo tuyo?»

Elías le respondió: «Te he hallado, porque te has venido para hacer lo malo delante del Señor. Hé aquí que yo enviaré mal sobre tí, y segaré tu posteridad, y mataré á todos los hijos de Achab desde el primero hasta el último..... porque obraste de modo que me provocaste á ira, y has hecho pecar a Israel. Y de Jezabel tambien habló el Señor, diciendo: Los perros comerán á Jezabel en el campo de Jezrahel. Si muriere alguno de la raza de Achab en la ciudad, le comerán los perros; y si muriere en el campo, le comerán las aves del cielo.» Tan tremendos anuncios parecieron humillar el orgullo de Achab, el cual desgarró sus vestiduras, se cubrió de un cilicio y dió muestras exteriores de arrepentimiento.

Poco despues llegó Achab al término de su triste carrera. Quiso recobrar la ciudad de Ramonth-Galaad, ocupada tiempo hacia por los reyes de Siria, y pidió auxilio para esta expedicion á Josaphat, rey de Judá. Calculando que los enemigos dirigirian principalmente los tiros contra su persona, hizo que se revistiese Josaphat con las insignias reales, y él se disfrazó ántes de dar principio al combate.

¡Precauciones inútiles! Habia llegado su hora. A pesar de que Josaphat era el blanco de todos por las vestiduras de su dignidad, escapó ileso, en tanto que Achab, atravesado de una saeta, murió

en la tarde. Condujeron su cuerpo á la capital, donde fué sepultado. Su carro y las riendas de sus caballos estaban salpicados con su sangre. Laváronlos en la piscina de Samaria, y, de conformidad con las palabras del profeta, lamieron los perros su sangre.

Llegó el tiempo tambien de que descargase el golpe sobre la cabeza de la perversa Jezabel. Un profeta jóven, enviado por Eliseo, ungió rey de Israel á Jehú, el cual se dirigió en contra de Joram, hijo de Achab y rey de Israel á la sazón. Ochozías, rey de Judá, hijo de Athalia y nieto de Jezabel, habia venido á visitar á Joram, cuando Jehú dió principio á la venganza matando á Joram por su propia mano y enviando gente en seguimiento de Ochozías. Dieron alcance á este último y le hirieron en la cuesta de Gaver, y fué á morir á poca distancia en Mageddo.

Dirigióse en seguida Jehú á Jezrahel, donde debía cumplirse la parte del vengador vaticinio de Elías relativo á Jezabel. Sabedora ésta de su entrada en la ciudad, se pintó los ojos con alcohol y adornóse la cabeza y se puso á mirar por la ventana.

Y dijo á Jehú; «¿Puede acaso tener paz Zambrí, que ha quitado la vida á su Señor?»

Alzó el rostro Jehú, y viendo aquella mujer que le interpelaba, preguntó quien era, y mandó en seguida que la echaran abajo. Obedecieron la orden; y la sangre de la reina infortunada salpicó la pared, en tanto que fué hollado por los caballos su cuerpo.

«Y habiendo entrado para comer y beber,” dice el capítulo IX del libro cuarto de los Reyes, «dijo Jehú: Id á ver aquella maldita, y enterradla: que al fin es hija del rey.

«Y habiendo ido á enterrarla, no hallaron sino la calavera y los piés, y la extremidad de las manos.

«Y volviendo le dieron el aviso. Y dijo Jehú: La palabra del Señor es, que habló por su siervo Elías Thezbitá diciendo: En el campo de Jezrahel, comerán los perros las carnes de Jezabel, y serán las carnes de Jezabel en el campo de Jezrahel, como el

»estierecol sobre la haz de la tierra, en tanto extremo, que dirán los que pasen: *¿Es esta aquella Jezabel?*»

¿Quién no se sentirá conmovido al ver á la odiosa Jezabel y su familia sepultados bajo tantas ruinas? ¿Quién no comprenderá la utilidad hasta material y social de la justicia y de la piedad?

No despleguis jamás los lábios contra Dios, ni levanteis el edificio de vuestra fortuna por medio de la rapiña y del despojo. Si tal hiciéreis, llegará un dia en que el soplo de la tempestad apague la blasfemia en vuestros lábios y eche por tierra la obra de vuestros cálculos; y entónces ni os salvará vuestro poder de la mano vengadora del Señor, ni se escapará vuestra memoria de la maldicion de los siglos venideros.

